



Desde que nació, la perrita Primorosa puso de vuelta y media a todos los animales del circo... Era tan graciosa y revoltosa cuando correteaba entre las jaulas, persiguiendo a las moscas, o cuando intentaba jalar las cuerdas de la carpa. A veces se confundía y en lugar de jalar las sogas, jalaba la cola del tigre o del león y entonces los rugidos indignados estremecían el circo.





—¡Disculpaaa! —gritaba entonces Primorosa mientras salía corriendo hacia cualquier lado.

—Ejem... ¿qué haremos con esta chiquilla?
—se preguntaba el elefante moviendo las orejas.

—No se da cuenta del peligro que corre si sale de la carpa —susurraba inquieta la jirafa.

Solo durante las funciones, mientras los artistas hacían las delicias del público, Primorosa se quedaba quieta, imaginando el futuro.



—¿Cómo lograré convertirme en una estrella? Debo averiguarlo... Ah... porque un día... un día —se repetía—, un día seré la reina del circo.

Una tarde, casi al terminar la primera función, sacudió los rulos de su melena y dio media vuelta rumbo a su carpa.

—Ajummm... ¡Qué sueño tengo...! —dijo con un gran bostezo y entró perezosamente bajo la lona.





Pero apenas traspuso la cortina, se detuvo asombrada. En lugar de su camita y de sus hermanos, mil luces multicolores, del circo más grande que jamás había visto, resplandecían bajo el cielo tachonado de estrellas.



Artistas y animales danzaban a la luz de la luna y al compás de una alegre marcha cuyas notas llenaban el espacio. Y los ponis, esos lindos caballitos enanos adornados con largos penachos de plumas doradas, daban vueltas en torno al director del espectáculo que, agitando su sombrero, giraba como un trompo cantarín.

Todo el circo cantaba y reía sin parar. Entonces, Primorosa empezó a bailar y a bailar sin poder detenerse. Parecía danzar sobre las nubes, leve como una mariposa, saltando de poni en poni.